

EL PRIMER ESBOZO TEORETICO DE HEGEL (*)

(Denominado Fragmento de Franckfort)

... significa... absoluta oposición. Un modo de las oposiciones es la multiplicidad de los seres vivientes. Los seres vivientes deben ser considerados como organizaciones. La multiplicidad de la vida se da como opuesta; una parte de esta multiplicidad (y esta parte es ella misma una infinita multiplicidad porque es viviente) se considera meramente en relación, es decir, como poseedora de su ser sólo como unificación; la otra parte (también una infinita multiplicidad) se considera sólo en oposición, como poseedora de su ser sólo a través de la separación de aquella primera parte; y, así también, la primera es, pues, determinada sólo a través de la separación de la segunda. La primera parte se llama organización, individuo. Es de por sí evidente que esta vida, cuya variedad se considera sólo en relación, cuyo ser es esta relación, pueda ser, al mismo tiempo, también considerada en parte como diversa en sí, como mera multiplicidad; en consecuencia la relación no es más absoluta de lo que lo es la separación de los elementos de la relación misma; y también es evidente que en parte deba ser pensada con la posibilidad de ponerse en relación con lo excluido de ella; lo cual constituye la posibilidad de la pérdida de la individualidad, o de la conjunción con lo excluido. Semejantemente, lo diverso, excluido de una totalidad orgánica, que tiene su ser tan sólo en la oposición, debe ser puesto, también, por un lado no sólo como por sí (1), abstraído de toda organización, o sea absolutamente diverso en sí, sino también como estando en relación consigo mismo; y, por otra parte, también en conjunción con el ser viviente por él excluido. El concepto de la individualidad contiene en sí oposición frente a la infinita variedad y conjunción con ella misma. (2) Un hombre es una vida individual, en cuanto él es otro respecto de todos los elementos de la infinidad de la vida individual fuera de él; y es una vida individual en cuanto es uno con todos los elementos, con toda la infinidad de la vida fuera de él; es solamente en cuanto el todo de la vida está dividido; él una parte, y todo el resto otra parte; y es sólo en cuanto no es una parte, y en cuanto nada de

(*) En DE'NGERI, ENRICO, *La nascita della dialettica hegeliana*. Vallecchi Editore Firenze, Italia. 1930.

(1) Con este término Hegel quiere indicar la esencia propia de lo diverso.

(2) El texto expresa: *und Verbindung mit demselben in sich*. Donde el *demselben*, referido a concepto, no da un sentido satisfactorio. Prefiero leer *derselben* referido a variedad, obteniendo así un sentido confirmado por la frase que sigue.

él está escindido. Presupuesta y fijada la vida indivisa, entonces podemos considerar a los seres vivientes (que, precisamente porque componen una infinitud, debemos, al mismo tiempo, entenderlos como infinitamente múltiples) como manifestaciones de la vida, como presentaciones de ella misma, cuyas variedades --que precisamente por ser puestas por las manifestaciones, son al mismo tiempo puestas en relación infinita y puestas de verdad-- fija luego la reflexión como inmóviles puntos fijos resultantes, como individuos. En otros términos, presupuesto un ser viviente, el que consideramos, entonces la vida puesta fuera de nuestra vida limitada, es una vida infinita, de infinita variedad, de infinita oposición, de infinita relación: como multiplicidad, una infinita multiplicidad de organizaciones, de individuos; como unidad, un único todo organizado, separado y unificado: la naturaleza. Ella es una posición ⁽³⁾ de la vida: ya que la reflexión ha transferido a la vida sus conceptos de relación de separación, de lo singular subsistente por sí y de lo universal, del conjunto; lo singular, un limitado, lo universal un ilimitado; y de esto la reflexión ha hecho, a través de su posición, una naturaleza.

Entonces, puesto que la vida, como infinitud de los seres vivientes o como infinitud de formaciones, deviene de este modo, como naturaleza, un infinitamente finito, un ilimitadamente limitado, operándose en la naturaleza tal unificación de lo finito y de lo infinito, no sólo la separación de este último, y puesto que la naturaleza no es ella misma vida, sino vida tratada, fijada, aunque del modo más digno, por la reflexión, así la vida que se considera, que piensa la naturaleza, siente todavía, por así decir, esta contradicción, esta oposición única de sí misma que todavía resta frente a la vida infinita, -- o sea, la razón está todavía aferrada al reconocimiento unilateral de este poner, de este considerar--; y esta vida pensante trae consigo --con la formación, con lo mortal, con lo transitorio, con lo que se opone y contrasta infinitamente-- la libertad vital de lo transitorio; constituye la relación sin lo fijado y sin lo fijante de la variedad: no una unidad, una relación pensada, sino vida pánica, omnipotente, infinita. Y aquello que no es más lo pensante y lo considerante, porque su objeto no tiene nada de reflejo y de muerto, ella lo denomina Dios (más bien lo anhela).

Este elevamiento del hombre, no de lo finito a lo infinito, ya que éstos sólo son productos de la mera reflexión, cuya separación es infinita, sino de vida finita a vida infinita, es la religión. Se puede llamar a la vida infinita unidad espiritual, en oposición a la abstracta multiplicidad (del mortuum). El espíritu es, efectivamente, la viviente unidad de lo diverso, en oposición a lo diverso mismo, como su formación ⁽⁴⁾ (la cual agota la variedad que está en el concepto de la vida); no en oposición a lo diverso como mera multiplicidad muerta separada de él: pues entonces el espíritu sería la mera unidad que se llama ley y es lo mero pensado no vital. El espíritu es ley vivificadora en

(3) Actividad de poner.

(4) "Gestalt".

unificación con lo diverso que, en consecuencia, es un vivificado. Si el hombre pone esta vivificada variedad al mismo tiempo como una reunión de múltiples elementos, y además en comunicación con el principio vivificante, entonces cada una de estas vidas devienen órganos, y el infinito todo, un infinito Pan⁽⁵⁾ de la vida. Si el hombre, siendo él mismo un limitado, pone la vida infinita como espíritu del todo al mismo tiempo fuera de sí, y si a la par pónese a sí mismo de sí como limitado, elevándose hasta el ser viviente y compenetrándose íntimamente con él, entonces anhela a Dios.

Si bien ya no se pone más a lo diverso como tal: si al contrario lo diverso, en relación con el espíritu viviente, se presenta al mismo tiempo como vivificado, como órgano; con todo, habría todavía alguna exclusión y restaría, en consecuencia, una imperfección y una oposición, vale decir, el mortuum⁽⁶⁾. En otras palabras, si lo diverso es puesto en relación sólo como órgano, entonces la oposición misma queda excluida, pero la vida, precisamente, no puede ser considerada solamente como unificación y relación, sino que debe ser considerada a la vez como oposición. Si digo que la vida es la unión de oposición y relación, esta unión puede, sin embargo, concebirse aislada y se puede objetar que estaría en contraposición de la no-unión. Deberé entonces decir que la vida es la unión de la unión y de la no-unión; y así, toda expresión es el producto de la reflexión; y se puede, por consiguiente, mostrar de cada expresión, en cuanto puesta, que, junto con lo que es puesto con cada cosa, al mismo tiempo otro no es puesto y es excluido. Se pone de una vez para siempre una valla a este ser impulsado a avanzar sin pausa, no olvidando que, a modo de ejemplo, lo que ha sido llamado unión de la síntesis y de la antítesis no es algo puesto proveniente del intelecto y de la reflexión, sino que su único carácter respecto de la reflexión consiste en ser un ser que trasciende la reflexión. En el todo viviente son puestos por igual: la muerte, la oposición y el intelecto: puestos como lo diverso que es vivo y que, en cuanto vivo, se puede también poner como un todo, mientras es simultáneamente una parte, algo para lo cual hay un mortuum y que, para otro, es él mismo un mortuum. Tal ser parte de lo viviente se supera en la reflexión; la vida limitada se eleva a la ilimitada; y sólo porque lo finito es, él mismo, vida, lleva en sí la posibilidad de elevarse a la vida infinita. La filosofía debe, precisamente por ello, terminar con la religión, ya que la filosofía es un pensar que contiene en parte la oposición del no-pensar y en parte la de lo pensante y de lo pensado: ella tiene el cometido de mostrar en todo lo finito la finitud, y de promover, por medio de la razón, la integración, especialmente reconociendo, a través del infinito de su incumbencia, las ilusiones, poniendo así el verdadero infinito más allá de su esfera. El elevamiento de lo finito a lo infinito se caracteriza precisamente por ello como elevamiento de vida finita a infinita, como religión, ya que ésta no pone el ser de lo infinito como un ser a través

(5) "ein unendliches All".

(6) "das Tote".

de la reflexión, como un ser subjetivo u objetivo: lo que ocurriría si agregase lo limitado a lo limitante, el cual se reconoce todavía como puesto y él mismo limitado, yendo luego nuevamente a la búsqueda de su limitante, insistiendo en la exigencia de proseguir este proceso al infinito. Esta actividad de la razón es, además, un elevamiento hacia lo infinito, pero este infinito es un...

... un centro objetivo; para todos los pueblos él fue la parte oriental del templo, y para los adoradores de un Dios invisible fue sólo un espacio determinado privado de forma (7): tan sólo un lugar. Pero este mero opuesto, este puro objetivo, simplemente espacial, no debe necesariamente permanecer en tal imperfección de la plena objetividad. Por el contrario, a través de la forma, puede retornar él mismo, como subsistente en sí, a la propia subjetividad. El sentimiento de lo divino, el infinito sentido de lo finito, se cumple sólo por el sobrevenir de la reflexión y de su demorarse sobre él. Sin embargo, una relación de la reflexión hacia el sentimiento es sólo un reconocerlo como subjetivo; es sólo conciencia del sentimiento: separada reflexión sobre el sentimiento separado. La pura objetividad espacial constituye el punto de reunificación para muchos; y a través de la subjetividad unida a aquel punto, la objetividad que ha asumido una forma (8), es, al mismo tiempo, como debe ser verdaderamente, no una objetividad real, sino posible: ella puede ser pensada como tal, pero, no siendo pura, eso no es necesario. Y del mismo modo en que antes fue puesta como necesaria la antinomia del tiempo, o sea el momento y el tiempo de la vida, así también ahora es puesta la antinomia respecto del objeto: la esencia infinita en la inconmensurabilidad del espacio se da, pues, igualmente en un espacio determinado, más o menos como en los versos:

Lo que no abarca (9) el más vasto cielo
Reposa ya en el seno de la Virgen.

El obrar de la vida religiosa, su referencia a los objetos, fue reconocido como un modo de mantener su vitalidad o de vivificarlos. Pero a la vida religiosa le fue también restituido su propio destino, en virtud del cual ella debe también dejar subsistir lo objetivo como objetivo o sin más, reducir el ser viviente a objeto. Puede ocurrir que tal objetivación sea sólo momentánea, y que la vida rápidamente se recupere de ella, se libere y desembarace de la opresión a la propia vida y a la propia resurrección en el seno de ésta. Pero también es necesario que la vida religiosa se ponga en una duradera relación con objetos y que mantenga la objetividad de ellos hasta la total destrucción. En todas las unificaciones religiosas manifiestas a través de sus múltiples realizaciones de las cuales se ha tratado hasta ahora, hay lugar todavía para la hipocresía, especialmente a causa del dominio que uno conserva para sí. Al poseer bienes materiales, el hombre, para expresarlo negativamente, no se habría ajustado

(7) "gestaltlos", es decir no un "gestalteter Raum" como sería un templo.

(8) "die gestaltete Objektivität".

(9) "ricoscrisse".

a las condiciones de la religión, de ser libre de toda objetividad, de haberse elevado sobre la vida finita. Sería incapaz de unificación con la vida infinita, ya que habría retenido algo para sí, estaría comprometido en una relación de dominio o prisionero de una dependencia. Por ello sacrifica cualquier cosa de su propiedad, cuya necesidad es también su destino; pero sólo una parte, por ser el destino necesario y no poder ser negado. El destruye una parte frente a la divinidad; a través de la posesión compartida con amigos, y siendo aquella una superfluidad inútil, salva de la destrucción del resto todo lo que era posible separar de ella; y a través de la inutilidad del destruir, a través del destruir por el destruir, él compensa de otro modo su relación con el destruir conforme a un objetivo; y al mismo tiempo, a través de una destrucción no referida a sí, deja integrada la objetividad de los objetos, la completa ausencia de relaciones, su muerte; y si en verdad queda la necesidad de una destrucción de los objetos, consistente en una relación, sin embargo, este inútil destruir por el destruir suele representarse como la única destrucción religiosa respecto de objetos absolutos.

Se ha hecho referencia, apenas a que el restante espacio exterior, mantenido necesariamente en determinados confines, no debe tanto atraer la atención hacia sí misma con exquisita belleza, cuanto debe, con apropiados ornamentos, suscitar el pensamiento de cualquier otra cosa. Se recuerda que la esencia del culto divino es la de superar la consideración intuitiva o reflexiva del Dios objetivo, o mejor, de fundarla gozosamente con los seres vivientes en la subjetividad del canto, del movimiento de la persona, un modo de expresión subjetiva que, como el discurso rítmico, expresado en forma bella y objetiva por medio de reglas, puede adentrarse a la danza, puede regular la variedad de las partes, el orden de las ofrendas y de los sacrificios, etc. La cantidad de los ritos y de quienes participaran en ellos, exige orden y unidad personalizadas en un sacerdote que tiene la dirección y el comando, y que, si la vida exterior del hombre fuera de necesidades, se ha especializado y dividido en tantas ramas diversas, él mismo igualmente especializado en éste su cometido. No es el caso de pensar en otras consecuencias y sus realizaciones.

Tal elevamiento de la vida finita a la infinita, tal que quede algo de finito, algo de limitado, es decir de subjetivo o de objetivo puro, en el menor grado posible, tal que toda oposición surja también de este elevamiento y cumplimiento, sea de nuevo integrada en la completa unificación de la religión no es absolutamente necesario. Religión es cualquier elevamiento de lo finito a lo infinito como a una vida pura; y tal elevamiento es necesario, ya que lo finito es condicionado por lo infinito; pero en cuál grado de oposición o de unificación se detiene la determinada naturaleza de una nación, esto queda librado casualmente a la naturaleza indeterminada. La más completa perfección es posible entre pueblos cuya vida está dividida y separada lo menos posible, es decir, entre pueblos felices. Los pueblos infelices no pueden alcanzar ese nivel; pero en la división están todos unidos por la conservación

de un miembro, por la defensa de la independencia. Ellos deben procurar no perderla; su mérito más grande será el haberse sustraído a la separación y mantenerse en su unidad. Esta puede ser entonces conservada, por el lado de la subjetividad, como independencia, o, por otro lado, como un objeto extraño, lejano, inalcanzable. Los dos puntos de vista parecen poder subsistir el uno junto al otro, en tal grado es necesario que, cuanto más fuerte es la separación, tanto más puro sea el Yo, y tanto más extenso sea al mismo tiempo el objeto que supera y trasciende al hombre. Cuanto más grande y dividido lo interno, tanto más grande y dividido lo externo; y si este último es considerado como lo que es independiente, tanto más sometido debe estar el hombre. Pero precisamente este ser dominado por un enorme objeto, es aquello a lo que se está aferrado como a una relación. Todo depende de qué parte se ponga la conciencia del hombre: si ella se entrega a adorar a un Dios infinito más allá de todo cielo, excelso más allá de toda comunicación y participación, librándole omnipotente sobre toda naturaleza; o bien, si se pone como Yo puro sobre la ruina de nuestro cadáver y sobre soles esplendorosos, sobre las miríadas de los astros, y sobre el sistema solar tantas veces renovado, ¡cuánto os renovásteis vosotros, oh soles luminosos!

Si la separación es infinita, entonces el fijar de lo subjetivo o de lo objetivo es indiferente. Sin embargo la oposición se mantiene: absoluto finito contra absoluto infinito. El elevamiento de la vida finita a la vida infinita podría ser sólo un elevamiento sobre la vida finita. El infinito es lo más completo, en cuanto él se opone a la totalidad, es decir a la infinitud de lo finito; no en cuanto esta oposición sea superada en la bella unificación, sino en cuanto es la unificación que se supera; y la oposición es un liberarse del Yo sobre toda la naturaleza, o dependencia, y más bien relación con una esencia por sobre toda naturaleza. Esta religión puede ser excelsa y hasta terriblemente excelsa, pero nunca bellamente humana. Y así la beatitud en la cual el Yo tiene todo bajo sus pies, y todo como opuesto, es una manifestación del tiempo, que en el fondo tiene el mismo significado que la del depender de un ser extraño, que no puede devenir hombre: o más bien, si éste hubiese devenido tal (y por lo tanto en el tiempo) continuaría siendo también en esta unión un absolutamente separado, y sólo un Uno absoluto —es decir el más digno y más noble, aunque su unión con el tiempo fuese innoble y despreciable.

14 de setiembre de 1800.

(Traducción del italiano de JUAN CARLOS QUIROS)